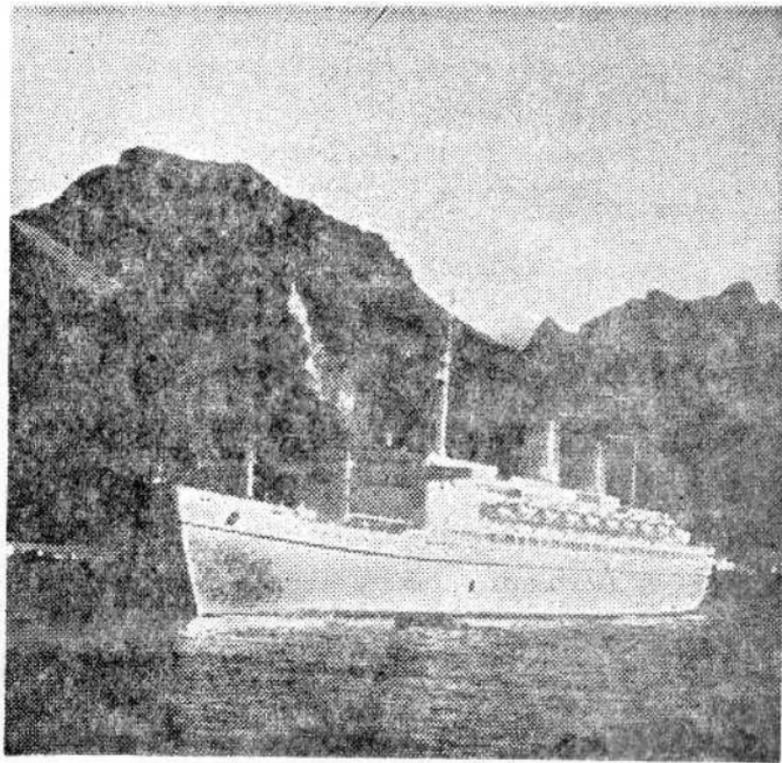


FRECUENA
CRÓNICA DE
SANTACRUZ Por Juan Antonio
 Padrón Albornoz

EL "LINER" Y EL VELERO



Sobre el recio macizo de Anaga, la estampa blanca y marinera del "Raffaello" durante la maniobra de atraque

Cuando el "Raffaello" se abría lentamente del muelle Sur y las estachas de los remolcadores vibraban por el esfuerzo, uno de los viejos motoveleros isleños enfiló la bocana del puerto.

Dos épocas en la historia de la mar se cruzaron en aguas tinerfeñas y la acerada proa del "liner" clavó el inquisito mirar ciego de sus escobenes en el altivo, engallado bauprés del lento y fino velero.

Resoplaba y jadeaba el motor de explosión que, por las bandas, dejaba escapar su rítmico y oleoso respirar. Mientras, las dos altas chimeneas del "Raffaello", orgullosas, se adornaban con leves y apresurados penachos que nada tenían de los que, antaño, eran características del Cardiff que alimentaba los hornos de las calderas.

Uno salía cuajado de luces y envuelto en la capa sonora de músicas y alegrías. El otro entraba evocando velas blancas sobre las jarcias de la arboladura. Traía consigo algo del viejo cruzir de obenques, del flamear al viento de los focos y del resuello de las gavias.

El "liner" era expresión de toda una época apresurada y veloz. El velero, uno de los pocos supervivientes de la heroica aventura de lo bello en la mar, de aquella aventura de los cascos finos bajo las lonas repletas de viento y luz.

Hoy todo ello se ha perdido para siempre. La estética se nos va de la mar y ésta se angustia de no verla de nuevo en sus dominios. Y es que los veleros precisaban de aquel mundo tranquilo y reposado que caracterizó sus tiempos. No les va nada bien lo frenético de nuestros días en los océanos dominados por proas veloces, adornadas por blancos bigotes de espuma.

Los veleros perdieron su feudo ante la constante batalla del acompasado latir de las viejas alternativas. Eran los tiempos en que, visión dantesca, los fogoneros libraban día a día, hora a hora, su desconocido combate ante los hornos insaciables.

Era la época del carbón, es la que trepidaba todo el barco con el esfuerzo y la canción, guerrera y valiente, de la velocidad que se cantaba en las entrañas de la sala de máquinas.

Crujían en el túnel las chumaceras del eje, se desbocaban los pistones desalojando los cilindros mientras los cigüeñales, desenfundados, salpicaban vertiginosos en las cajas de engrase. Se iba entonces a todo régimen de válvulas abiertas. Se navegaba bajo un dosel de humo que, vomitado por las chimeneas adornadas con "mambrús", manchaban el azul de la mañana que despertaban las gaviotas.

Junto a este martirio de mantener la presión constante, se deslizaba la vida sin prisas de los veleros que, bajo blancas pirámides de lona, cruzaban por los anchos horizontes. Y soñaban con navegar por la ruta diabólica del cabo de Hornos. Y con recuerdos lejanos, y siempre presentes, de nortazos y pamperos terribles. Todas las singladuras tranquilas eran preludio de otras entre nieblas y el silbido del largo y castigador látido del viento.

La limosna de la brisa llevaba por la mar a los viejos veleros mientras, en derrotas paralelas los "steamers", atacando fuegos y desbordando humos, buscabas los puntos de tranquillas recaladas y felices arribadas a puerto.

Los dos leves penachos del "Raffaello" y el rítmico escape del motovelero que araba la mar tranquila del puerto, fueron evocaciones para el Santa Cruz marinero que despedía, con su presencia emocionada, a uno de los tantos trasatlánticos que, con turismo, nos han visitado últimamente.

Los remolcadores arrastraban al "liner" y le ayudaban en su desatraque. Sus chimeneas recordaban las de los viejos "Britannia", "Cory", "Santa Cruz", "Elsie" y "Salamanca" que, en ocasiones similares, desahogaban y ponían rugidos y vibraciones de blanco vapor en el momento, siempre triste, del adiós marinero.

Roncaban los molinetes mientras la empavesada envolvía en grito mudo de color la mole del "liner" que, abierto ya del muelle, mostraba sus líneas gallardas que proclamaban su origen italiano, los finos perfiles de sus cubiertas, la roda valiente y las gráciles y limpias salidas de agua.

Cuando por fin largaron del noray la gaza de la amarra y, ya cobraba, dio adelante, sonó en el aire tranquilo de la tarde que moría el bramido de su sirena. Parecía quejarse de abandonar la Isla mientras las hélices, ya girando, empezaban a trazar la estela sobre las aguas domesticadas del puerto de Santa Cruz.

Mar afuera, violando casi la tangencia del horizonte, el "Raffaello" era una ráfaga de luz que, bajo dos leves penachos de humo, navegaba vigilando por el atento mirar del faro que, en las laderas de Anaga, acababa de colocarse su nocturno y brillante monóculo.